

Paces traicionadas, fines incofesos

PABLO RUIZ JARABO*

Agolpes de gaceta. Así define Joaquín Costa la tentación de ingeniar soluciones sobre el papel, tan teóricamente perfectas como alejadas de la realidad. Desgraciadamente, es frecuente caer en este error en nombre de la paz. La terca Historia insiste en invalidar sendos tratados internacionales con nuevas guerras y conflictos. Y en cada ocasión esa labor plasmada en solemnes frases se ha hinchado de buenas intenciones convertidas en efímeras. Porque la intensidad de un sentimiento no basta para asegurar su perduración, triste regla aplicable a las psicologías de pueblos e individuos. Hace falta *algo más*: realismo. La Historia también ofrece ejemplos de paces duraderas. De hecho, en eso consiste la civilización: en sustituir la violencia por la convivencia, las armas por los argumentos. Los acuerdos de paz se convierten así en jalones que, si acertados, indican la continuidad de un largo camino hacia el entendimiento, si equivocados, producen frustraciones a las que, afortunadamente, siguen nuevos intentos. Ahí radica la esperanza: en el poco éxito de la resignación, por

* Diplomático.

mucho que la sangre nuble las miradas, en un sentido tan metafórico como real en este fin de siglo donde los conflictos se resumen en el encuadre —a menudo morboso— de una cámara de televisión.

Las paces pueden fracasar, utilizando una terminología jurídica, por culpa o dolo, por imprudencia o mala fe. Existe mala fe cuando se la utiliza como excusa para conseguir otros fines. La paz es un impulso, un anhelo irrefrenable que, como todos, puede ofuscar el entendimiento a quien la desea y someterle a contradicciones que no dejan sitio a la razón. No falta quien, en un ejercicio de manipulación política, se aprovecha de ello para otros objetivos. Es la misma herramienta utilizada por quien pretende vender objetos con anuncios de contenido sexual, o por las empresas que explotan a su personal prometiendo el futuro encumbramiento en puestos de mando: se fomenta en el otro un fuerte deseo irracional —de sexo, de poder, de tranquilidad—, lo que le convierte en manipulable; y uno de los principales errores del hombre contemporáneo consiste en dejarse convencer por discursos técnicamente sofisticados que, si se desnudan, resultan de un primitivismo arrollador. Hoy en día, cuando las batallas políticas se libran en buena parte de la opinión pública, este peligro es aún más evidente que antaño. Una negociación fracasada puede vestirse de éxito con una tramoya de observadores, de comités, de instituciones que, más que procedimientos, actúan de recursos esotéricos para ocultar la realidad.

Desgraciadamente, la mala fe se refleja en una casuística interminable. Piénsese, por ejemplo, en las negociaciones de paz precedidas por un recrudecimiento de la violencia. Así ha ocurrido recientemente al reunirse las facciones afganas en Pakistán, y ha sido el caso en Angola durante décadas. Hay quien trata de excusar esta actitud diplomáticamente: nuevos éxitos bélicos garantizarían una posición más fuerte en las negociaciones. Pero no hace falta ir tan lejos: la mortífera espita del terrorismo se abre o cierra en España al albur de exégetas de no se sabe qué política para los que la vida humana se convierte en un factor más, eliminable o no según las circunstancias. Lo más sorprendente es que no falta quien desconoce lo obvio: quien utiliza la violencia antes de una negociación no desea ponerle fin ni pactar con el contrario, sino debilitarle —militarmente, en casos como el afgano; anímicamente, cuando se trata de terrorismo—. Y el debilitamiento es la antesala de la derrota del otro, no de la concesión mutua. Aunque aparente ser prólogo de la paz, la búsqueda de una *posición de fuerza* constituye otra batalla más, se gane o no.

Muchas conversaciones de paz se prolongan innecesariamente no con el ánimo de pulir disensiones, sino porque ninguno de los intervinientes quiere asumir el coste de la ruptura: no es políticamente correcto. Un titular de prensa declarando que la delegación x ha abandonado las negociaciones puede ser más demoledor que meses de batallas políticas o bélicas. Tal vez muchas horas tardías de negociación en el Oriente Medio obedezcan a este motivo. Esto entronca con otro uso torticero de las negociaciones: la legitimación mediante el máximo, y no mínimo, denominador común de los presentes. Quien se sienta en una mesa adquiere el status más alto de las delegaciones. En poco tiempo se puede recorrer la distancia entre guerrilla y movimiento de autodeterminación, o incluso entre éste y Estado. Las conversaciones de Argel de los años 80 entre el Gobierno español y ETA, con la mediación de diplomáticos argelinos, posiblemente encerrasen este significado para los asesinos; sólo que con la sangre han ahogado cualquier lectura política de esas fatídicas jornadas. En ambos casos, lo que se persigue no es la paz, sino el hecho de sentarse en torno a una mesa, más tentador aún en la aldea global en que vivimos. De ahí que quien se sienta en frente, que sí puede desear sinceramente la paz, deba tener la clarividencia y la valentía de asumir el fracaso y dar por concluidas unas reuniones de efectos perniciosos.

La vanidad humana también juega su papel. Un político puede desear cualquier pacto para entrar en las enciclopedias. Pero todo hombre tiene derecho a la presunción de inocencia. Además, como todo acuerdo de paz supone el cese de hostilidades, la salvación inmediata de vidas humanas puede justificar un mal acuerdo; siempre que al poco tiempo, el conflicto, mal terminado, no se recrudezca con mayor virulencia.

A menudo se viste de acuerdo lo que equivale a una claudicación. Constituye el caso típico en que los vencedores, arrogantes, se adjudican el monopolio de escribir la Historia. Es interesante figurar en ella como pacificador en vez de conquistador. La magnanimidad aparente es la tentación de los poderosos porque expresa a la vez fuerza y generosidad, que son cualidades propias de dioses. En el Tratado de Versalles de 1919 se presentaron como compensaciones lo que constituían humillaciones para Alemania, y ésta pasó factura veinte años después.

A veces resulta difícil separar el dolo de la culpa, la mala fe de la imprudencia bienintencionada. Así ocurre cuando quien quiere la paz no está dispuesto a aceptar su punto de partida. Desea el cese de la violencia, pero no admite de antemano algunos hechos tan incontrovertibles como oportunos y necesarios para que la negociación se centre en su objeto. Se trata, en sentido literal, de un prejuicio y, como corresponde a esta categoría de creencia, es difícil determinar si nace del error o de intenciones inconfesables. Tal es la actitud de Europa frente al conflicto argelino. Deseamos su fin, tanto por ética como por seguridad de nuestro flanco mediterráneo. Pero al mismo tiempo no reconocimos unas elecciones que dieron la victoria a la rama moderada de los partidos musulmanes. Queremos la paz para un pueblo pero sin contar con los representantes por él elegidos. El resultado de esta diabólica actitud es que el violento termina adquiriendo más legitimidad que el partidario del diálogo. Al haber fracasado la apuesta de éste por el entendimiento, el violento se carga de razón, además de la fuerza física que ejerce: concluye que no vale la pena transigir, sólo cabe matar. Y la espiral que se desata otorga tal protagonismo a la minoría sanguinaria que la convierte en representante desautorizado de la mayoría silenciosa.

Esta tara prejuzgante también acaece en nuestro triste conflicto terrorista. Quien insiste en la necesidad de una salida política huye de la evidencia, pues se niega a admitir que durante más de dos décadas multitud de terroristas han comprendido que ya estaba expedita y han abandonado las armas: la salida ya existe porque somos una democracia, ni se puede negar ni puede crearse otra. Pero, desgraciadamente, el paseo de la ex-etarra Yoyes es demasiado silencioso y pacífico. Es más significativo y sonoro el disparo que se lo interrumpió segándole la vida. Como en Argelia —aunque en menor grado—, la vía civilizada queda relegada frente a la violencia, que termina convirtiéndose en *el* interlocutor. El excesivo peso político que se concede al crimen podría explicar asimismo la identificación del País Vasco con el Ulster. ¿Por qué debiera haber semejanzas con Irlanda del Norte y no, por ejemplo, con Flandes o el Norte de Italia? Pudiera obedecer a que aquellas regiones comparten un horrendo historial de crímenes, y éstas no. Toda Historia, toda consideración sociológica o económica, debe desaparecer ante el nuevo baremo de análisis político: la semejanza sanguinaria. El crimen se convierte entonces en el único criterio político relevante. Se trata exactamente de la misma arbitrariedad con que se determina que el color de la piel jerarquiza las inteligencias: la barbarie por la barbarie. Y cualquier intento riguroso de análisis comparado deberá callar ante la sonoridad de la próxima denotación. El corolario de todo ello sólo puede ser uno: la legitimidad *verdadera* reside en los autores del hecho esencialmente definitorio, que es la muerte, y no en los ciudadanos. Por eso sus instituciones representativas viven en precario, a la espera de

que llegue la *única* solución, que no es la democracia sino el pacto con los preponderantes, cuya palabra vale más que la de los órganos elegidos por sufragio de todos.

La culpa también puede traicionar la paz. Puede deberse a ingenuidad, o a un exceso de confianza. El paradigma de esta actitud lo encarna Chamberlain, quien confió en que el nazismo se iba a limitar a la conquista de Checoslovaquia. Él intentó justificar su postura en la prudencia, pero los hechos posteriores demostraron que su motivación era simplemente debilidad. Señálese en su descargo que el período de entreguerras vivió ebrio de formalismo, del convencimiento de que las leyes buenas volverían buenos a los hombres. La constitución alemana de Weimar era técnicamente perfecta, pero no impidió el totalitarismo. La Sociedad de Naciones constituía un cúmulo de buenas intenciones tan estructuradas y ordenadas como desobedecidas. Otro tanto puede decirse de nuestra constitución republicana, más extensa y jurídicamente mejor que la actual, pero de resultados tan distintos. Se trata, volviendo a la expresión que abre este artículo, de un exceso gacetista que cree que la sociedad puede ordenarse en una mesa de despacho. Y demuestra una preocupante separación entre élites y pueblos, entre gobernantes y gobernados, entre papeles y realidad, que desemboca en la sustitución del jurista ingenuo por el guerrero sanguinario. Las buenas intenciones no exculpan a los formalistas imprudentes.

Desgraciadamente, todas estas desviaciones conducen al fracaso, y la violencia rebrota tarde o temprano —más temprano que tarde—. Su punto en común es el engaño de una de las partes; impuesto por el contrario, en el caso del dolo; o propio al negarse la evidencia, en el caso de la culpa. Por eso cuando las paces han tenido éxito, se ha debido a la ausencia de engaño, que en positivo se denomina asunción de la realidad. Para adoptarla hay que ser valiente: una de sus conclusiones puede consistir en que la negociación es imposible. Hay quien lo interpretaría como un fracaso político. Más bien al contrario, puede salvarnos de caer en las trampas de quien, como hemos visto, miente con mala fe. Esta faceta del realismo se pone especialmente a prueba con la barbarie terrorista: cuanto más violencia, mayor el impulso de paz, luego, presos de nuestros anhelos, mayor la posibilidad de ser arrastrados a peligrosos juegos políticos donde nos manipulen.

El realismo también es osado porque desemboca, inevitablemente, en acuerdos menos solemnes; humanos, demasiado humanos. Tiene en cuenta intereses egoístas, malévolos a menudo, pero los encauza. Su grandiosidad consiste en casarlos con el deseo de paz. El tratado resultante es menos *bonito*, y las vanidades y otras esclavitudes del corto plazo sufren con ello. Sin embargo se consigue la paz, que es lo importante. Así ocurrió con la guerra fría, que indudablemente alejó de Europa el fantasma de otra tercera gran guerra, lo que la convierte en un éxito. Su superioridad frente a otra paces radica en asumir sus limitaciones: desde el totalitarismo en media Europa hasta, y sobre todo, la disuasión nuclear. En vez de pretender un entendimiento que no existía, sus artífices asumieron con realismo que estaban dispuestos a luchar hasta la aniquilación mutua si la paz fracasaba de nuevo e introdujeron esta verdad en el sistema. No lo basaron en el efímero hartazgo de la guerra pasada, sino que previeron la posibilidad de la siguiente. En vez de brindar con champán, construyeron arsenales. Puede parecer horroroso, pero el fin político, la evitación de la guerra total, se consiguió con creces. Lo mismo ocurrió con las Naciones Unidas: mientras la Sociedad de Naciones daba por descontado que la guerra había dejado de existir, la Carta de San Francisco instaura un Consejo de Seguridad que puede legitimar el uso de la fuerza, y cuya utilidad es manifiesta. Constituye la versión moderna —¿o postmoderna?— del viejo aforismo latino: si quieres paz, prepara la guerra.

Tal vez la asunción o no del realismo mide la distancia entre el político y el estadista. En todo caso, pone en entredicho las teorías pacifistas cada vez más en boga, según las cuales son las armas las culpables de la violencia, y no los hombres. Como si el ser humano hubiese empezado a matar con la invención de la pólvora. El reciente y terrible asesinato del obispo de Guatemala, monseñor Girardi, perpetrado con una piedra, pone en evidencia que esto no es así. La violencia forma parte del ser humano y, desgraciadamente, puede acaecer en los espectáculos deportivos, en nuestras calles, incluso en las escuelas. Como el amor, el odio, el sexo, no requiere técnicas ni ejercicios para manifestarse. No existe fórmula mágica contra ella. No se trata de negarla, sino de asumirla y regularla; de superar en definitiva la contradicción entre dos impulsos coexistentes, la paz y la crueldad. El problema surge cuando el contrincante sólo tiene un recurso: la muerte. Un pueblo, cuya actividad se manifiesta en muchos ámbitos, puede decidir reprimir, en todo o en parte, su impulso violento hacia otro u otros. Dedicará esa parte de su energía a otras actividades más provechosas. Una organización terrorista, en cambio, es presa de la dialéctica tajante entre vida y aniquilación que ella misma ha creado: o mata o desaparece. No hay término medio.

Tal vez haya algo de esteticismo en todo esto. Es tentador orlar los tratados y llenarlos de frases solemnes, celebrar sesiones en palacios que evocan la representatividad por la representatividad, así como pensar en una idílica Humanidad sin violencia. Mientras que ponerse manos a la obra, aunque eficaz, supone ensuciarse, y eso afea. Al fin y al cabo, como señala el escritor inglés Somerset Maugham, *lo que da belleza a un ideal es que es inalcanzable*. La paz real podrá ser menos bella que la ideal, precisamente porque es más alcanzable; pero dejemos la utopía a los artistas. Porque si los políticos utilizan sus gacetas para construir entelequias de ensueño, tal vez el ruido de los tanques no permita concentrarse a los verdaderos poetas.